

# MIRET MAGDALENA

## KARL RAHNER: "EL PORVENIR ABSOLUTO"



profesor, que a los sesenta y ocho años de vida tiene un haber impresionante: más de mil artículos y libros, todos ellos importantes.

Hace ya años —antes del Concilio— era casi el único teólogo católico que se podía medir con los mejores pensadores del protestantismo ortodoxo, como el escriturista Cullman o el dogmático Barte.

Es curioso que Rahner ha escrito algunos libros o manuales filosóficos, pero nunca ha redactado un tratado sistemático de teología. Su obra religiosa está desparramada en artículos o conferencias que después han sido publicadas en diversos tomos. Y, sin embargo, pasará a la historia por su pensar teológico y no por su pensar filosófico.

Es hijo de una familia numerosa de siete hermanos, nacido en Alemania; pero habiendo trabajado y enseñado muchos años en la bella ciudad austriaca de Innsbruck. Su hermano mayor, Hugo, es también jesuita y escritor; pero su obra es de menor actualidad que la de Karl, aunque ha tocado asuntos históricos de gran importancia, como la libertad de la Iglesia en los primeros siglos cristianos, o la relación entre los misterios del cristianismo y los misterios paganos. Hugo es un erudito, allí donde Karl es un profundo pensador religioso.

De carácter serio, enormemente trabajador, y, sin embargo —y ahí está la paradoja—, dando plena sensación de espontaneidad intelectual. A través de su vida no se puede hablar de cambio de orientación en sus convicciones teológicas, ni tampoco de crisis. Su cristianismo profundo se desliza intelectualmente por un cauce sereno, aunque nunca abandona un sentido crítico hondo, ni se ve libre de ataques a su obra.

A los dieciocho años entró en la Compañía de Jesús; y pocos años después siguió las clases del gran filósofo de la existencia, Martin Heidegger. De él aprendió a no conformarse con los puntos de vista superficiales, aunque fueran repetidos constantemente. Fruto de estas reflexiones y enseñanzas fue la tesis filosófica que redactó como colofón de sus estudios, que fue rechazada por sus profesores eclesiásticos. Pensaron —con razón— que Rahner daba una interpretación demasiado modernizada del tan traído y llevado santo medieval, Tomás de Aquino; pero Rahner estaba en lo justo al intentar esta re-interpretación; no puede uno contentarse con repetir sin originalidad lo que siempre se ha oído. Por eso ni cedió ni se amilanó ante esos severos eclesiásticos; y quizá aquel incidente le marcó en su originalidad y tenacidad para toda la vida.

La tesis que sostenía era que el cristiano, como tal, estaba igualmente orientado hacia Dios que hacia el mundo; afirmación un poco terrible para hecha hace casi cuarenta años, cuando en los ambientes eclesiásticos apenas se empezaba a salir de las congojas producidas por la persecución anti-modernista en tiempo de Pío X.

Algo parecido le ocurrió cuando era Papa Juan XXIII. La Curia Romana —el Santo Oficio— intentó que no asistiera al Conci-

lio Vaticano II, a pesar de haberle nombrado el Pontífice experto del mismo. Pero el cardenal Koenig le llevó como perito suyo; y así pudo influir decisivamente en esta gran Asamblea de dirigentes eclesiásticos.

Al comienzo de su carrera docente fue primero profesor de filosofía, aunque poco después se inclinó hacia la teología, sin descanso. Su primer libro, «El oyente de la palabra», publicado en 1941, tuvo entonces poco éxito; y no obstante es uno de sus más importantes escritos, exponiendo las bases racionales de la fe, de forma adecuada a los problemas que plantea el hombre actual.

En 1939 había comenzado Hitler la guerra; y Rahner, que estaba en Austria, se vio envuelto en la persecución contra los jesuitas. Pero el discutido cardenal de Viena le protegió en su labor apoyándole totalmente. En 1943 surgió otro conflicto, que esta vez fue eclesiástico: el obispo de Friburgo (Alemania) lanzó un terrible memorándum condenando las nuevas corrientes doctrinales y litúrgicas que se difundían en el mundo germano, promovidas por los dos hermanos Rahner, por el jesuita Jungmann y el benedictino Odon Casel. El cardenal Innitzer, tan complaciente con el régimen hitleriano, tuvo, sin embargo, en esta ocasión una reacción ejemplar: le encargó al propio Rahner que contestase al conservador obispo de Friburgo, contestación que dio cumplida respuesta a los falsos temores de ese prelado, aunque no se hizo pública. La idea básica de este documento, patrocinado por la jerarquía austriaca contra el prelado alemán, era que «la Iglesia tiene el deber de encarnarse en la vida contemporánea»; y Rahner —y los obispos austriacos— se preguntaban con toda sinceridad: «¿No es ésta una tarea a la que pueden ser más o menos infieles los responsables de la Iglesia en una determinada época, o que pueden incumplir totalmente en algún país?».

Cualquiera que tenga visión histórica tiene que tener esta misma duda, y hoy son bastantes los que se hacen la misma pregunta, en ciertas regiones de influencia católica.

Rahner no se asusta de la crítica; por el contrario, propugna la abierta discusión en la Iglesia, sin por eso faltar al respeto personal. Su gran preocupación es, sobre todo, el mundo de los no-creyentes. En su propia familia vive este drama que separa a los hombres honrados de hoy. «Muchos hombres de hoy no creen... porque los pastores y teólogos no saben anunciar para los contemporáneos el Evangelio».

En su investigación religiosa utiliza un método de máxima actualidad: el dialéctico. Constantemente usa de la oposición de hechos o ideas contrarias para hallar el camino de la verdad. Nunca parte de lo abstracto, sino que la vida es la base de sus razonamientos. Hizo la mayor crítica de la teología de estos últimos siglos. Para él, «la teología actual será ortodoxa; pero lo que desde luego hay que decir es que no tiene vida».

Esa es la razón que le ha llevado a centrar su reflexión religiosa en el hombre, y no sólo en Dios. «Una teología... que se evade de la esfera de lo humano, en cualquier campo que sea, realizaría una labor no sólo contra el hombre, sino contra Dios».

Ha criticado elegantemente algunos de nuestros manuales de teología española actual, porque se olvida el hablar de la acción del Espíritu en los fieles, y se centra todo con exclusividad en la autoridad jerárquica.

No tiene inconveniente en repetir, una y otra vez, que nuestra Iglesia es «la Iglesia de los pecadores»; y no sólo, como se nos dice siempre, la de los santos. Pecadores que se encuentran no sólo entre las filas de los simples creyentes, sino también en las de los dirigentes eclesiásticos, como demuestra la historia de cualquier tiempo.

Rahner recuerda a los dirigentes católicos que somos una «Iglesia de personas», y no de autómatas ciegos. De ahí que la moral enseñada por Rahner nunca es una moral abstracta —cruel para unos y llena de subterfugios hipócritas para otros—. Propugna una «ética existencial» que tiene en cuenta las leyes generales; pero sabe que, en su aplicación, existe siempre un factor personal responsable que no se puede deducir sólo de lo escrito.

A los profesores marxistas reunidos en 1965 en Salzburgo, para tener un abierto diálogo, les dijo que el cristianismo profesaba la fe en un «porvenir absoluto», el cual dirige dinámicamente al hombre sin alienarle, sino por el contrario, desarrollándolo y construyéndolo. Porvenir absoluto que se manifiesta en la actitud auténtica y las acciones sinceras de todo hombre de buena voluntad, y no sólo en los que llevan el marchamo exterior de católicos.